



fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad, y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos reyes moraban, en el arrabal un alcázar de obra muy firme que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del río, que por el primor de su edificio la llaman de Oro vulgarmente; otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la iglesia mayor, sobrepuja la grandeza de las demás obras, por ser de sesenta varas en ancho y cuatrotanto más alta, sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada, y al rededor adornada de variedad de pinturas, hermosas á maravilla á los que la miran.

¿Qué necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas desta ciudad, tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo más de veinticuatro mil vecinos, divididos en veintiocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia mayor, con el cual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de Leon la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del arzobispo llega á ciento veinte mil, las calongias y dignidades así en número como en lo demás responden á esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso: de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, á todas las demás partes. El trato es tan grande y la granjería tal, que en los olivares llamados Axarafe en tiempo de los moros se contaban cien mil, parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que parece gran número, la autoridad y testimonio de la historia del rey D. Alonso el Sabio lo atestigua. El número de extranjeros y muchedumbre de mercaderes que concurren, es increíble, mayormente en este tiempo, de todas partes á la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y

flotas de cada un año se juntan allí muy grandes.

El rey D. Fernando tenía por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse desta ciudad, así por su nobleza, como porque ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto más que los aragoneses, con gran gloria y honra suya se habían apoderado de la ciudad de Valencia, de sitio muy semejante y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla, por nombre Axatafe, no ignoraba el peligro que corrían sus cosas: tenía juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma África: gran copia de trigo traída de los lugares comarcanos: proveídose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquiera afán antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey D. Fernando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenía, trigo, y todos los más pertrechos que para la guerra eran necesarios: la diligencia era grande, por entender que duraría mucho tiempo, y sería muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados.

En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey D. Fernando: pasada ya gran parte y lo más recio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó á sitialla á veinte del mes de Agosto, año de nuestra salvación de mil doscientos cuarenta y siete: los reales del rey se asentaron en aquella parte que está el campo de Tablada, tendido en la ribera del río, más abajo de la ciudad. D. Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de la otra parte del río hizo su alojamiento en una aldea llamada Aznalfarache, caudillo de gran corazon y de grande experiencia en las armas. Pretendía hacer rostro á Abenjafon, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte: tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencía la constancia y esfuerzo deste caballero. El rey barreaba sus reales: los moros, con salidas que hacían de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hubo algunas escaramuzas, varios



sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las más veces llevaban lo mejor, y forzaban á los enemigos con daño á retirarse á la ciudad. Por el mar y río se ponía mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenían en tierra hacían lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salían á robar la tierra: talaban los frutos que hallaban sazonados, el vino y el trigo, todo lo robaban. Carmona, que está á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses ántes lo tenían concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió, con tanta mayor maravilla que los bárbaros pocas veces guardan los asientos.

No se descuidaban los moros ni se dormían: el mayor deseo que tenían era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacia que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algun daño por la parte que tenían á su cargo. Señalábanse entre los demás D. Pelayo Correa, maestre de Santiago, y D. Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo deste cerco fué muy señalado; sobre todos, Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increíbles. Al principio del cerco á la ribera del río, do tenían soldados de guardia para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Perez y un compañero, apartados de los demás, iban no sé á qué parte: en esto, al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo: el compañero era de parecer que se retirasen; replicó Garci Perez que aunque se perdiese, no pensaba volver atrás, ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera, y pone en el ristre su lanza: los enemigos, sabido quién era no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto, advirtió que al enlazar la capellina y ponerse la celada, se le cayó la escofia: vuela por las mismas pisadas á buscalla.

Maravillóse el rey que acaso desde los reales le miraba; pensaba volvía á pelear; mas él, tomada su escofia, porque los moros todavía esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fué tanto mayor la honra y prez de este hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello; á la verdad, ¿á qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo, y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? Como quier que al contrario con el silencio, demás del esfuerzo, dió muestra de la modestia y noble término de que usaba.

Entre tanto que con esta porfia se peleaba en Sevilla, el infante D. Alonso, hijo del rey D. Fernando, intentó de apoderarse de Játiva en el reino de Valencia, convidado por los ciudadanos. Tomó á Enguerra, pueblo en tierra de Játiva, que se le entregaron los moradores; cuanto cada uno alcanza de poder, tanto derecho se atribuye en la guerra. El rey D. Jaime, avisado de los intentos del infante D. Alonso, y alterado como era razon, se apoderó de Villena y de seis pueblos comprendidos en el distrito de Castilla, por dádivas que dió al que los tenía á cargo; demás desto en la misma comarca principio del año mil doscientos cuarenta y ocho tomó de los moros otro pueblo llamado Bugarra. Destos principios parecía que los disgustos pasarían adelante, y pararian en alguna nueva guerra que desbaratase la empresa de Sevilla y acarrease otros daños. D. Alonso, como quier que era de condicion sosegada, se determinó de tratar en presencia con el rey de Aragon y resolver todas estas diferencias, y para esto se juntaron á vistas y habla en Almizra, pueblo del rey de Aragon; allí por medio de la reina de Aragon y por la buena industria de D. Diego de Haro y otros grandes que se pusieron de por medio, se compuso esta diferencia; con que de una y otra parte se restituyeron los pueblos que injustamente tomaron, y se señaló la raya de la jurisdicción y conquista de ambas partes. Quedaron en particular en virtud de esta concordia por el reino de Murcia Almansa, Sarasulla



y el mismo río Cabriolo; por los de Valencia Biara, Saxona, Alarca, Finestrato. Asentadas las cosas desta manera, los príncipes se despidieron.

El rey D. Jaime revolvió luego contra Jativa; envió delante sus gentes con intento de cercalla; apoderóse finalmente della, pasada ya gran parte del verano, por entrega que hicieron los mismos ciudadanos. Está asentada esta ciudad en un sitio asaz apacible á la parte que el río Júcar entra en el mar; su campiña muy fértil y fresca, la tierra muy gruesa. El infante D. Alonso, y en su compañía D. Diego de Haro, se apresuraron para hallarse en el cerco de Sevilla. Alhamar, ese mismo rey de Granada, vino á juntarse con el rey D. Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy á propósito en que los soldados cristianos cansados de la tardanza, y con la dificultad de aquella empresa, comenzaban á tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenían muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algun momento; el mismo rey, aquejado de tantos trabajos y de las dificultades que se ofrecían muy grandes, dudaba si alzaría el cerco, ó esperaría que las cosas se encaminasen mejor, y el remate fuese más apacible que los principios, como otras veces lo tenía probado.

Los cercados desbarataron en cierta salida los ingenios de los nuestros, y les quemaron las máquinas; alentados con el buen suceso no sólo se defendían con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino; amenazaban á los nuestros con la muerte, y ultrajábanlos de palabra. El cerco, sin embargo, se continuaba y se llevaba adelante con tanta mayor ventaja de los fieles, que cada día les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos D. Juan Arias de Santiago, bien que poco efecto hizo; su poca salud le forzó en breve con licencia del rey á dar la vuelta; D. García, prelado de Córdoba; D. Sancho, de Coria; los maestros de Calatrava y de Alcántara; los infantes D. Fadrique y D. Enrique; fuera destos D. Pedro de Guzman, D. Pedro Ponce de

Leon, D. Gonzalo Giron con otro gran número de grandes y ricos-hombres que vinieron de refresco. Á los cercados, por ser la ciudad tan grande, no se podían de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponía en esto todo cuidado.

El general de la armada Bonifaz ardía en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados aparte los que juntos hacían tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso, por estar la puente puesta sobre barcas, que con cadenas de hierro están entre sí trabadas; todavía pareció hacer la prueba, que la maña y la ocasion pueden mucho. Aperció para esto dos naves; esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar, y juntamente un recio viento que del Poniente soplabá.

Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercer día de Mayo, con grande alegría de los nuestros y no ménos comodidad. Los soldados, con la esperanza de la victoria, con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas con tanta porfía, que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana; los moros se defendían valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad.

Cierto soldado, en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas; cargábale que el escudo ondeado que traía era de diferente linaje. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones que los que no se sienten culpados; disimuló él por entónces la ira; después, cierto día que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entónces, vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: «Con razon (dice) nos quitais las armas del linaje, pues las ponemos á tan graves pe-



»ligros y trances; vos las mereceis mejor, que como más recatado las teneis mejor guardadas;» él, avergonzado, conoció su yerro, pidió perdón, que le dió á la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo; manera de venganza muy noble.

Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas; los ciudadanos, visto que la felicidad de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y después en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fué concedido, enviaron embajadores, que avisaron querían tratar de concierto con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decían que, quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podían sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre; que todavía en la ciudad quedaban compañías de soldados; que no era justo irritallas, ni hacelles perder de todo punto la esperanza; muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes, por lo ménos que la victoria sería sangrienta y llorosa si se allegase á lo último y no se tomaba algun medio.

Á esto respondió el rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas: tiempo hubo en que se pudiera tratar de concierto; mas que al presente por su obstinacion se hallaban en tal término, que sería cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendilla, no daría lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entre tanto que se trataba de las condiciones y del asiento, hicieron treguas y cesó la batería. Prometían acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban ántes á pagar á los Miramolines. Desechada esta condicion, dijeron que darían la tercera parte de la ciudad demas de las dichas rentas; después la mitad, dividida con una muralla de lo demas que quedase por los moros. Parecían estas condiciones á los nuestros muy

aventajadas y honrosas; el rey, á ménos de entregalle la ciudad, no hacía caso destas promesas, ni estimaba todos sus partidos. En conclusion, se asentó que el rey moro y los ciudadanos, con todas sus alhajas y preseas, se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demas pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó, y á veintisiete de Noviembre salieron de la ciudad, entre varones y mujeres y niños, cien mil moros: parte dellos pasó en África; parte se repartió por otros lugares y ciudades de España.

Gastáronse en el cerco diez y seis meses, en el cual tiempo los reales, á manera de ciudad, estaban divididos en barrios con sus tiendas, en que se vendían las cosas necesarias, herrerías para forjar armas, los pabellones puestos por su orden con sus calles y plazas en lugares convenientes. Á los veintidos de Diciembre, con pública procesion y aparato entró el rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada; bendíjola con gran majestad D. Gutierre, electo arzobispo de Toledo, que poco ántes señalaron por sucesor en aquella iglesia de D. Juan, que falleció á los veintitres del mes de Julio. D. Ramon de Losana fué elegido por arzobispo de la nueva ciudad. Este prelado, andando á la escuela, con un cuchillo de plumas, sacó otro tiempo un ojo á un su hermano; para absolverse desta irregularidad, y para alcanzar dispensacion, ya que era de más edad, pasó á Roma, viaje que le fué ocasion de hacerse muy erudito y letrado. Quedaba Sevilla muy falta de moradores; la franqueza que el rey prometió de tributos á los que viniesen á poblar, hizo que gran número de gente acudiese de toda España, determinados de hacer allí su asiento y morada; con esto en breve volvió á tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de ántes y número de gente asaz.